

# Primera parte



# 1

El retrato de la madre estaba colgado en el comedor: una señora sentada con sombrero de plumas y una cara larga y cansada con gesto de susto. Siempre había tenido mala salud, le daban mareos y palpitaciones, y cuatro hijos habían sido demasiados para ella. Murió poco después de que naciera Anna.

Anna, Giustino y la señora Maria iban al cementerio algunos domingos. Concettina no, porque ella nunca salía de casa los domingos, eran días que detestaba. Se ponía el vestido más feo que pudiera encontrar y se quedaba encerrada en su cuarto zurciendo medias. En cuanto a Ippolito, tenía que hacerle compañía al padre. En el cementerio, la señora Maria rezaba, pero los chicos no, porque el padre siempre decía que rezar es una estupidez, que Dios a lo mejor existe pero no hace falta rezarle, es Dios y ya sabe por sí mismo cómo anda todo.

Cuando aún no había muerto la madre, la señora Maria no estaba con ellos sino con la abuela, la madre del padre, y viajaban juntas. En las maletas de la señora Maria quedaban pegados cromos de los hoteles donde habían estado, y en un armario guardaba un vestido con botones en forma de abetos pequeñitos, comprado en el Tirol. La abuela tenía el vicio de viajar y nunca había

podido quitárselo, en eso se había fundido todo el dinero, porque le gustaba ir a hoteles elegantes. La señora Maria contaba que en los últimos años se había vuelto muy mala, porque no aguantaba haberse quedado sin dinero, y no se explicaba cómo había podido ocurrir. De vez en cuando se le olvidaba y le entraba el capricho de comprarse un sombrero, y la señora Maria tenía que llevársela a rastras del escaparate mientras ella pisoteaba el paraguas y morisqueaba rabiosa el velito de su sombrero. Ahora estaba enterrada en Niza, donde murió, donde tanto se había divertido de joven cuando era guapa y desenvuelta y aún conservaba su fortuna.

La señora Maria era feliz cuando podía presumir del dinero que había tenido la abuela y soltar el cuento de los viajes que habían hecho juntas. La señora Maria era muy pequeñita, tanto que cuando se sentaba no llegaba con los pies al suelo. Por eso cuando se sentaba solía taparse con una manta, porque no le gustaba que se vieran sus pies colgando. La manta era la del coche de caballos, una que se ponían sobre las rodillas ella y la abuela veinte años antes, cuando paseaban por la ciudad en coche de caballos. La señora Maria se daba un poco de colorete en las mejillas, y no le gustaba nada que la viesen recién levantada cuando todavía no se había puesto el colorete, por eso se escabullía al baño callandito y se sobresaltaba y enfadaba mucho cuando alguien la paraba en el pasillo para preguntarle algo. En el cuarto de baño se entretenía mucho y los demás acababan aporreando la puerta. Ella se ponía a dar voces y a decir que estaba harta de vivir en una casa donde no la respetaba nadie, y que se acabó, que iba a hacer las maletas inmediatamente y a marcharse a Génova a casa de su hermana. En dos o tres ocasiones había llegado a sacar las maletas de debajo del armario y había empezado a meter sus zapatos en bolsitas de

tela. Había que dejarla, hacer como si no pasara nada, y ella sola al cabo de un rato volvía a sacar los zapatos. Por otra parte, todos sabían que aquella hermana de Génova no quería tenerla en su casa.

La señora Maria salía del baño vestida de punta en blanco y con el sombrero puesto, y se precipitaba a la calle con un recogedor en busca de estiércol para abonar los rosales, a pasos furtivos y apresurados procurando que no la viera nadie. Luego se iba a hacer la compra con su bolsa de red, y era capaz de cruzarse la ciudad en media hora con aquellos piecitos veloces calzados con chinelas de pompón. Todas las mañanas huroneaba por la ciudad de acá para allá para ver dónde los precios eran más convenientes y volvía a casa cansadísima. Siempre llegaba de mal humor después de hacer la compra y la tomaba con Concettina, que seguía en bata. Decía que nunca se le habría ocurrido, cuando iba sentada junto a la abuela en coche de caballos con las rodillas bien abrigadas y la gente saludándolas al pasar, que se vería trocando por la ciudad con aquella bolsa de red. Concettina se peinaba poquito a poco delante del espejo y luego acercaba la cara y se exploraba las pecas una por una, se miraba los dientes y las encías, sacaba la lengua y se la miraba también. Se peinaba con un moño recogido en la nuca y flequillo rizado; la señora Maria decía que aquel flequillo sobre la frente le daba aire de *cocotte*. Ella abría de par en par el armario y le llevaba tiempo decidir qué quería ponerse. Mientras tanto la señora Maria aireaba las camas y sacudía las alfombras con un pañuelo en la cabeza y las mangas arremangadas sobre los brazos escuálidos y viejos, pero se metía a toda prisa si veía asomada al balcón a la señora de la casa de enfrente, porque no le gustaba que la viera con aquel pañuelo sacudiendo alfombras, ella que había entrado en la casa como señorita

de compañía, y ahora hay que ver las tareas que le tocaba desempeñar.

La señora de la casa de enfrente también llevaba flequillo, pero de peluquería, rizado y colocado con gracia; cuando se asomaba al balcón por las mañanas con aquellas batitas claras y ligeras parecía más joven que Concettina, decía la señora Maria, a pesar de saberse de buena tinta que tenía cuarenta y cinco años.

Había días que Concettina no era capaz de encontrar nada que ponerse, se probaba faldas y camisetas, cinturones y collares de flores y nada le gustaba. Entonces se echaba a llorar y se quejaba a gritos de lo desgraciada que era, sin un solo vestido bonito y encima con tan mal tipo. La señora Maria cerraba la ventana para que no la oyeran desde la casa de enfrente. «No tienes mal tipo —le decía—, solo eres un poco recia de caderas y algo plana de pecho. Como tu abuela, ella también tenía poco pecho.» Entonces Concettina se tiraba a medio vestir en la cama deshecha y soltaba entre gritos y sollozos todas sus penas, los exámenes pendientes, los líos con sus novios.

Concettina tenía muchos novios. Siempre estaba cambiando. Había uno que se pasaba las horas muertas delante de la verja, tenía la cara cuadrada y larga y en vez de camisa se le veía una bufanda abrochada con un imperdible. Se llamaba Danilo. Concettina decía que ya habían terminado hacía mucho, pero él todavía no lo había aceptado y se paseaba arriba y abajo delante de la puerta con las manos a la espalda y la boina calada hasta las cejas. La señora Maria tenía miedo de que se metiese en casa en cualquier momento para armarle una gresca a Concettina, y entraba donde el padre a quejarse de todos los embrollos que se traía Concettina con aquellos novios suyos, y lo arrastraba hasta la ventana para

que viera a Danilo paseando con la boina y las manos a la espalda, y quería que el padre bajase a echarlo. Pero el padre decía que la calle es de todos y que nadie tiene derecho a echar a ningún hombre de ninguna calle, y sacaba su viejo revólver y lo ponía encima de la mesa por si acaso a Danilo le daba la ventolera de saltar la verja. Luego empujaba a la señora Maria fuera del cuarto porque quería que le dejaran en paz para ponerse a escribir.

El padre estaba escribiendo un voluminoso libro de memorias. Llevaba muchos años con aquella tarea, había dejado la abogacía para escribir el libro. Se titulaba: *Y nada más que la verdad*, y estaba lleno de opiniones incendiarias sobre el fascismo y el rey. Se reía y se frotaba las manos cuando pensaba que el rey y Mussolini vivían ajenos al hecho de que en una pequeña ciudad de Italia un hombre estaba escribiendo páginas incendiarias sobre ellos. Narraba toda su vida, la retirada de Caporetto, de la que fue testigo presencial, y todas las cosas que había visto luego, los comicios de los socialistas y la marcha sobre Roma, hablaba de los individuos que se habían cambiado de chaqueta en su pequeña ciudad, personas que parecían decentes y que se habían portado como cerdos, «y nada más que la verdad». Escribía sin parar durante meses y meses, interrumpiendo de vez en cuando la labor para tocar la campanilla pidiendo café; la habitación estaba llena de humo, y hasta por las noches se quedaba levantado escribiendo, o bien llamaba a Ippolito para que escribiese a su dictado. Ippolito le daba muy fuerte a las teclas de la máquina de escribir, y el padre dictaba paseando en pijama por la habitación. Nadie podía dormir, porque era una casa de tabiques finos, y la señora Maria daba vueltas en la cama muerta de miedo ante la idea de que alguien pudiera oír desde la calle la voz excitada del padre y las frases in-

cendiarías que le dedicaba a Mussolini. Pero de un día para otro, el padre se desinflaba y el libro ya no le parecía tan bueno y argumentaba además que los italianos estaban todos equivocados y quién iba a poder cambiarlos con un simple libro. Decía que le daban ganas de echarse a la calle con el revólver y liarse a tiros, o por el contrario nada, echarse a dormir y quedarse así hasta que le llegase la muerte. No volvía a salir de su cuarto. Se pasaba los días metido en la cama y le pedía a Ippolito que le leyese el *Fausto*. También llamaba a Anna y a Giustino para pedirles perdón por no haber hecho las cosas que suele hacer un padre, jamás los había llevado al cine, ni siquiera de paseo. Y llamaba a Concettina y le preguntaba por sus exámenes y por sus novios. Se volvía muy bueno cuando estaba triste. Pero de pronto una mañana ya no se despertaba tan triste, le pedía a Ippolito que le diera un masaje en la espalda con el guante de crin, pedía sus pantalones de franela blanca y salía al jardín. Aunque se sentaba allí y pedía que le sirviesen el café, lo encontraba siempre poco cargado y lo apartaba con asco. Se quedaba toda la mañana sentado en el jardín, con la pipa apretada entre los dientes blancos y largos y el rostro flaco y surcado de arrugas contraído en una mueca rara, no se sabía si por efecto del sol, por el asco del café o por el esfuerzo de sujetar la pipa solo con los dientes. No pedía disculpas a nadie de nada cuando había dejado de estar triste y azotaba los rosales con el bastón mientras volvía a darle vueltas en la cabeza al libro de memorias; y la señora Maria sufría por los rosales que tanto quería, que le costaban a diario el sacrificio de salir temprano a la calle con el recogedor a buscar estiércol, corriendo el riesgo de que alguien la viera y se burlase de ella.

El padre no tenía amigos. A veces se iba a caminar por toda la

ciudad, con un aire maligno y despectivo, y se sentaba en uno de los cafés del centro a mirar pasar la gente, para que le vieran aquellos viejos conocidos de otros tiempos, para que vieran que aún seguía vivo porque creía que eso les haría rabiar. Así que volvía a casa bastante contento, sobre todo cuando había visto pasar a algún socialista de los de antaño, que ahora eran todos fascistas, y no se imaginaban lo que él estaba escribiendo en su libro de memorias de cuando eran decentes y de las cerdadas que habían hecho luego. En la mesa, el padre se frotaba las manos y decía que si existía Dios, a él le dejaría vivir hasta que se acabase el fascismo para poder publicar sus memorias y ver la cara que ponía la gente. Decía que de esa manera se sabría por fin si existía o no el famoso Dios, aunque él más bien creía que no, o puede que sí pero en todo caso estaría de parte de Mussolini. Después de comer el padre decía: «Giustino, vete a comprarme el periódico; haz algo útil ya que no eres divertido». Porque cuando se le pasaba la tristeza dejaba de decir cosas amables.

De vez en cuando llegaban a la casa grandes paquetes de chocolatinas que mandaba Cenzo Rena, un señor que en tiempos había sido amigo íntimo del padre. Llegaban también tarjetas postales enviadas desde distintos lugares del mundo, porque Cenzo Rena siempre estaba viajando, y la señora Maria a veces reconocía los sitios donde había estado ella con la abuela y ponía las postales en el espejo de su cómoda. Pero el padre no quería ni oír hablar de Cenzo Rena, porque aunque habían sido muy amigos luego terminaron fatal, y cuando veía llegar los paquetes de chocolatinas, se encogía de hombros y daba un bufido, así que Ippolito tenía que contestar a escondidas a Cenzo Rena para darle las gracias y mandarle noticias de su padre.

Concettina y Anna tomaban clases de piano dos veces por semana. Se oía un campanillazo amenazador, Anna salía a abrir la verja y el profesor de piano atravesaba el jardín y se paraba a contemplar los rosales, porque también él sabía lo del estiércol y el recogedor, y además porque esperaba que por un lado u otro del jardín apareciese la figura del padre. Al principio el padre le hacía mucho caso y había abrigado la fantasía de que aquel profesor de piano era un genio, lo invitaba a sentarse en su cuarto, le ofrecía tabaco del suyo, le daba fuertes palmadas en la rodilla y no paraba de decir que era un tipo extraordinario. El profesor de piano estaba escribiendo una gramática latina en verso, la escribía a mano en un cuadernito y cada vez que iba le leía al padre una estrofa nueva. Pero de repente el padre se había aburrido muchísimo, no le daba la gana oír más estrofas de la gramática aquella y cada vez que sonaba el campanillazo amenazador del profesor de piano, se veía al hombre escapando escaleras arriba a esconderse donde podía. El profesor de piano no podía soportar que el padre hubiera dejado de recibirle en su cuarto, hablaba en voz alta por el pasillo y recitaba sus estrofas mirando a todas partes. Luego se ponía muy triste y les preguntaba a Anna y Concettina qué pasaba, que si él había ofendido al padre en algo sin querer. Ni Anna ni Concettina tocaban bien. Las dos estaban hartas de aquellas clases y les habría encantado dejarlas, pero la señora Maria no quería que las dejaran porque el profesor de piano era la única cara extraña que aparecía por la casa. Y, como ella decía, es muy triste una casa a la que no vienen visitas de vez en cuando. Asistía a las clases con su mantita sobre las rodillas y su labor de crochet. Y luego hacía tertulia con el profesor de piano y escuchaba sus estrofas, y él tardaba en irse, siempre con la esperanza de ver al padre.

Realmente el profesor de piano era el único extraño que pisaba la casa, aunque había un sobrino de la señora Maria que también aparecía de vez en cuando, hijo de aquella hermana de Génova. Estudiaba para veterinario y en Génova lo suspendían siempre, así que había trasladado la matrícula a aquella pequeña ciudad donde los exámenes no eran tan duros, pero aun así también allí lo suspendían alguna vez. Por otro lado, no era propiamente un extraño en la casa, porque todos lo conocían desde que era niño, y además la señora Maria estaba siempre sobre ascuas cuando se presentaba por miedo de que el padre le tratara de malos modos. Al padre no le gustaba ver gente extraña en la casa, y ni siquiera a los novios de Concettina se les permitía cruzar la verja.

En verano todos los años había que ir a Los Guindos. Y todos los años Concettina lloraba porque a ella le habría gustado ir a la playa o quedarse en la ciudad con sus novios. Y también a la señora Maria le costaba muchos sofocones por culpa de la mujer del aparcerero, con la cual estaba reñida a raíz de cierto día en que el cerdo se comió unos pañuelos. Y también Anna y Giustino, que de pequeños lo habían pasado tan bien en Los Guindos, ahora ponían mala cara cuando había que ir. Tenían la esperanza de que algún verano el padre los dejase ir a pasarlo con Cenzo Rena en una especie de castillo que tenía, porque todos los años les escribía para invitarlos. Pero el padre no les daba permiso y además decía que era un castillo feísimo, un mazacote con torrecitas; Cenzo Rena creía que era bonito porque le había costado dinero. El dinero es cagada de diablo, decía el padre.

A Los Guindos se iba en trenecito. No estaba lejos pero arrancar era complicadísimo, porque el padre no dejaba parar a nadie desde que se empezaba a pensar en el equipaje, se enfurecía con

Ippolito y con la señora María y había que hacer los baúles cien veces y otras tantas volverlos a deshacer. Y al otro lado de la verja merodeaban los novios de Concettina que iban a despedirse, y ella lloraba porque le daba una rabia horrible tener que pasar tantos meses en Los Guindos, donde engordaba de puro aburrimiento y no había ni un triste campo de tenis.

Salían por la mañana temprano, y el padre hacía todo el viaje de un humor insoportable, porque el tren iba atestado de gente comiendo y bebiendo y él creía que le iban a manchar de vino los pantalones. No había viaje en que no acabase teniendo una bronca con alguien. Luego la tomaba con la señora María por todos aquellos cestitos y envoltorios y los zapatos metidos en saquitos de tela desperdigados por doquier, y en la red una botella de café con leche. Al padre lo que más asco le daba de todo era aquella botella de café con leche, le parecía horrible ver el café con leche metido en una botella, y le decía a la señora María que no podía entender cómo la abuela se había empeñado en llevarla con ella a tantos viajes. Pero cuando llegaban a Los Guindos se ponía contento. Se sentaba bajo la pérgola y respiraba, hondo y con ímpetu, y decía que qué buen sabor tenía el aire, un sabor tan fuerte y tan fresco que era como estar tomando una bebida cada vez que se respiraba. Y llamaba al aparcero y se reía con él, y llamaba a Ippolito para que dijera si no se parecía el aparcero a un cuadro de Van Gogh; quería que se quedase sentado con la cabeza apoyada en la mano y le ponía el sombrero y preguntaba si no parecía un auténtico Van Gogh. Luego, cuando el aparcero se iba, Ippolito decía que sí, que puede que fuera un Van Gogh pero que también era un ladrón porque sisaba en las cuentas del trigo y del vino. Y el padre se enfadaba mucho. Habían jugado juntos de pequeños, y

no podía consentir que Ippolito se pusiera a escupir de aquella manera sobre las cosas de su infancia, y es mucho más feo escupir sobre la infancia del propio padre que quedarse con algún kilo de trigo cuando se pasa necesidad. Ippolito no contestaba nada, sujetaba al perro entre las piernas y le acariciaba las orejas. En cuanto llegaba a Los Guindos se ponía una chaqueta vieja de dril y botas de montar, y se pasaba el verano vestido así, y la señora Maria decía que estaba sucísimo y que además debía de asarse de calor. Pero Ippolito nunca daba la impresión de que pasara calor, no sudaba y tenía siempre la cara seca y suave, y a pleno sol del mediodía andaba por el campo con el perro. El perro se comía las butacas y además tenía pulgas, y la señora Maria quería regalarlo, pero Ippolito estaba loco con aquel perro y una vez que se puso malo se lo metía en el cuarto con él por las noches y se levantaba para hacerle papillas. Le habría gustado llevárselo a la ciudad, pero tenía que dejarlo en Los Guindos con el aparcerero, que no lo cuidaba y le daba comida podrida; a Ippolito le daba siempre mucha pena cuando llegaba el otoño y tenía que despedirse del perro, pero el padre se había aliado con la señora Maria en contra del perro y no quería ni oír hablar de llevárselo. Por supuesto Ippolito tendría que esperar pacientemente a que él se muriera —decía el padre—, y a saber si no abrigaba la esperanza de que muriese pronto, tal vez ese era su sueño dorado, para poder salir a pasear por la ciudad con el dichoso perro.

Ippolito se quedaba callado oyendo todas aquellas villanías que le decía el padre, nunca le contestaba y la cara se le quedaba quieta y pálida. Por la noche se acostaba tarde para pasar a máquina el libro de memorias o para leer en voz alta a Goethe cuando el padre no podía conciliar el sueño. Porque tenía alma de esclavo,

según Concettina, y la sangre de horchata, era como un viejo de noventa años, ni le gustaban las chicas ni tenía nunca ganas de nada, era capaz de estarse todo el día solo dando vueltas por el campo con su perro.

Los Guindos era una casa alta y grande, con escopetas y cornamentas colgadas en las paredes, con unas camas muy altas y colchones que crujían porque estaban rellenos de hojas de maíz. El jardín descendía hasta la carretera, un gran jardín descuidado y con aire de bosque. Era inútil intentar plantar allí rosales ni ningún otro macizo de flores, porque no se podía contar con que el aparcerero fuera a cuidarlos durante el invierno, así que se morirían. Detrás del edificio estaban el patio, el carro y la casa de los aparceros, y la mujer de vez en cuando se asomaba a la puerta y tiraba un cubo de agua. La señora Maria gritaba que era agua sucia y daba mal olor al patio, y la otra gritaba que era limpia y clara, que la señora Maria se podía lavar la cara con ella, y con eso se pasaban un rato largo enzarzadas en una riña. Todo alrededor, los campos de trigo y de maíz se extendían hasta perderse de vista, y los espantapájaros estaban tiesos allí en medio agitando al viento sus mangas vacías. Los viñedos y los alcornoques empezaban al pie de la colina, y por allí se oía de vez en cuando estallar un disparo, y se veía alzarse una nube de pájaros, mientras el perro de Ippolito se ponía a ladrar. Pero Concettina decía que ladraba de susto, no por el placer de cobrar alguna pieza. El río estaba lejos, más allá de la carretera, una franja clara y distante entre matorrales y pedruscos. Y el pueblo era poco más: diez casas.

El pueblo estaba habitado por «los granujas», según denominación del padre, el delegado de el Fascio, el sargento de carabineros, el secretario del ayuntamiento; y el padre iba todos los días al

pueblo para que le vieran los granujas, para hacer ostentación de que seguía vivo y no los saludaba. Los granujas jugaban a la petanca en mangas de camisa, sin tener ni idea de que ellos también salían en el libro de memorias, y sus mujeres hacían punto en la placita alrededor de la estatua, y daban de mamar a sus hijos tapándose el pecho con un pañuelo. La estatua era un mazacote de piedra, un muchacho amazotado de piedra con su gallardete y su fez. El padre se plantaba allí delante y se ponía el monóculo haciendo guiños, y se quedaba un rato sin parar de mirar y hacer guiños; la señora Maria tenía miedo de que los granujas lo detuvieran el día menos pensado, y procuraba arrancarlo de allí, igual que hacía antaño con la abuela cuando se paraba ante los escaparates de sombreros. A la señora Maria le habría gustado hablar con las mujeres de los granujas, aprender nuevas modalidades de punto y enseñarles otras a ellas, y también decirles que deberían lavarse los pechos con agua hervida antes de dar de mamar. Pero no se atrevía a acercarse a ellas por miedo al padre.

En verano, sobre la calva brillante del padre aparecían pecas y rojeces porque tomaba el sol a pelo; y a Concettina las piernas se le ponían de un moreno dorado, porque en Los Guindos no se podía hacer otra cosa que tomar el sol. Concettina se pasaba el día en una hamaca delante de la casa, con las gafas negras y un libro que nunca leía; se miraba las piernas pendiente de que se le tostaran bien, imaginando que a lo mejor de tanto tenerlas al sol y sudar igual le adelgazaban un poco; porque Concettina, además de ser ancha de caderas, tenía las piernas gordas, y decía que daría diez años de vida por ser más delgada de cintura para abajo. La señora Maria se arreglaba vestidos bajo la pérgola, sus famosos vestidos hechos de retazos de cortinas o colchas viejas, con un

gorro de papel en la cabeza y los pies cruzados sobre un taburete. A lo lejos, sobre la cresta de la colina, se veía pasar una y otra vez a Ippolito con la escopeta y el perro; y el padre maldecía a aquel imbécil de perro y la manía de Ippolito de largarse al campo cuando él lo necesitaba tanto para que le pusiera las inyecciones y le pasara a máquina las memorias, y mandaba a Giustino a buscarlo al campo.